
Del olvido de la cruz a su presencia en la historia

Guillermo Zapata, S.J.*

INTRODUCCION

Pretendemos con esta reflexión sobre la cruz, desentrañar el sentido teológico de la muerte de Jesús en la cruz, como lugar hermenéutico para entender toda su vida. El olvido de la cruz, sugiere que tras la reflexión teológica se establecen modelos de pensar teológicos, que privilegian determinada comprensión de Jesús. Se interesan por un sentido de su vida, más que por otros, sin embargo, todos ellos tienen su horizonte en el "analogatum princeps" en Jesucristo muerto y resucitado.

Al pensar en la muerte de Jesús, no se niega su resurrección. El misterio Pascual de Jesús es uno

solo. Con más propiedad podríamos referirnos a él como "muerte resucitada de Jesús", según Rahner. Pero si bien, el misterio pascual es una unidad en donde muerte y vida resucitada de Jesús se nos proponen como única realidad pascual, es también cierto, desde el punto de vista hermenéutico teológico, que nos podemos situar desde su muerte para entender la totalidad del sentido de su vida. Privilegiar este acceso hermenéutico es legítimo en la medida en que el misterio vida-muerte de Jesús no es agotable por ninguna reflexión teológica, pero esta inagotabilidad no nos niega su acceso al mismo misterio de Jesús. Ya nos decía Schillebeekxs que pretender explicar el misterio es empobrecer-

* Alumno de último año del ciclo de magister, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

lo, pero nuestra reflexión, nuestro conocimiento, participan de nuestra limitación humana. Para comprender la vida y obra de Jesús, tenemos que pagar el precio de conseguir apenas un acceso, en nuestro caso, el camino de la cruz de Jesús como sentido de su vida. La vida de Jesús ha sido comprendida desde otras posibilidades, por ejemplo, desde su resurrección gloriosa. Este acento kerigmático, del Señorío de Jesús, ya nos está ubicando en un horizonte determinado desde donde se ha hecho teología en donde Jesús es "El Kyrios", el Señor.

En cambio, el comprender a Jesús desde la cruz, sólo hasta el momento lo ha hecho la mística cristiana, la espiritualidad de la cruz, mas no la teología.

Para entender al crucificado desde el ámbito teológico, es preciso situarnos en un punto de vista hermenéutico histórico, es decir, en el Jesús histórico, lo cual como bien sabemos, es una clave de comprensión de la Cristología contemporánea. Desde allí, es preciso ir reinterpretando el sentido pleno de la vida y obra de Jesús, seguros de encontrar una riqueza nueva en la reflexión teológica que anime y oriente nuestra fe. Esta reflexión alimentada por la fe, quiere iluminar la misma praxis de fe vivida desde América Latina, en donde la realidad de cruz es una experiencia y no una simple reflexión. En donde la fe se vive como "un mayor acercamiento al Evangelio y (como) una búsqueda del *rostro siempre nuevo de Cristo* que llena la legítima aspiración, a una liberación

integral" (Documento de Puebla, n. 173).

Aunque no se trata de hacer propiamente teología de la cruz, sí de señalar desde la Cristología las posibilidades para una reflexión teológica, que quiera situarse históricamente y enderezar su praxis científica hacia una respuesta viva y eficaz que nos lleve de nuevo a nuestro fundamento cristiano en donde descubrimos a Jesús Señor de la Historia.

1. La cruz de Jesús como sentido de su vida

En la historia terrena de Jesús su muerte en la cruz no es un hecho puntual que irrumpe en su historia. Jesús es llevado a la cruz como condenado a un suplicio por haber sido hallado culpable ante la Ley por el tribunal político religioso de su tiempo. El juicio de condenación de Jesús examinó su actitud, sus hechos, gestos, palabras y consideró que Jesús debía ser suprimido, castigado, por medio de la muerte en cruz como suplicio condenatorio. La cruz dentro del contexto histórico cultural del pueblo judío, era una muerte ingnomiosa; porque "un colgado es una maldición de Dios", (Deut 21, 23); "... pues dice la Escritura: 'Maldito todo el que está colgado de un madero.'" (Gál 3,13).

El juicio condenatorio a Jesús y su ejecución en la cruz, nos revela que su vida entró en conflicto con las estructuras vigentes. Su propuesta religiosa y social desequilibraba el sentido religio-

so y social y según sus mismas leyes, este atentado estaba socabando sus fundamentos.

“Jesús dividió a sus contemporáneos. Su mensaje, presentado justamente como invitación a la fraternidad entre los hombres, a la abolición de todas las barreras raciales, jurídicas y sociales fue efectivamente fuente de conflictos. En realidad no se trata del mensaje de Jesús en relación con su contenido (el anuncio de la inminencia del reino de Dios y la exigencia de la conversión) lo que engendró una oposición definitiva entre él y los jefes del pueblo; fue más bien su actitud. Esta, en efecto, llevó a cabo un desconcierto tan grande en la organización judía de la religión, de la moral, y de la política, que no fue ya posible ningún compromiso cuando se vió que Jesús se convertía en un maestro escuchado, y por consiguiente, peligroso para el equilibrio social y religioso“(1).

Pero, aunque el juicio realizado contra Jesús por el Sanedrín y los procuradores romanos son un momento dentro de los acontecimientos de la historia de Jesús, sin embargo, permite rastrear el sentido de su vida. Jesús tal como vivió así murió. En ningún momento desistió de su empeño concretado como su misión: la predicación del reino de Dios. Su compromiso

con el reino de Dios fue tan fuerte, que a pesar del fracaso histórico de su pretensión manifestado en el abandono final en la cruz, no desistió de continuar caminando hasta afrontar las últimas consecuencias de su misión, su muerte crucificada.

Esta manera de proceder de Jesús nos remite a un convencimiento muy hondo, a la percepción de un empeño que animó toda su vida y le hizo proceder de tal manera que conocemos sus consecuencias históricas.

Según Duquoc(2), los documentos de que disponemos para entender el conflicto creado por Jesús que desembocó en la cruz, nos hablan de cuatro motivos: “la crítica de la autoridad de la Ley, el desplazamiento del centro de gravedad de la religión, la decepción provocada por la negativa ante las representaciones mesiánicas, la intrusión en la organización social”.

Profundicemos un poco en estos cuatro asuntos.

La crítica de Jesús a la autoridad de la Ley, le acarreó dificultades crecientes con las autoridades religiosas; los evangelistas presentan este hecho con diferentes matices, pero todos ellos coinciden en una agudización de las tensiones entre Jesús y los representantes del poder religioso en Israel.

(1) DUQUOC, Christian. Jesús, hombre libre. Sígueme. Salamanca 1975, p. 67.

(2) DUQUOC, Op. cit. p. 68.

La Ley había adquirido una jerarquía superior al culto. "El mundo y todo lo que hay en él ha sido creado sólo para la Toráh"(3).

Toda realidad tiene su explicación en la Ley. El hombre es para la Ley, el mundo es para la Ley, las cosas son para la Ley. Los 613 preceptos que servían de "valladar" para asegurar el recto cumplimiento de la Ley, nos reflejan el peso normativo que le dan los judíos a la Ley, sobre todo los maestros fariseos. Jesús por el contrario nos dice que no es el hombre para la Ley sino la Ley para el hombre (Mt 12,8). Esta inversión pone a la libertad como guardiana de la vida, no a la Ley, porque "para ser libres nos libertó Cristo" (Gál 3,1.).

Por otra parte, para Jesús, el centro de la religión ya no está en el culto, en el esfuerzo religioso del hombre por restablecer la amistad con Dios. En Jesús se nos revela una nueva imagen de Dios que no exige a los hombres religión como respuesta, sino una actitud de fe; Dios se hace tan cercano para Jesús, que él se atreve a llamarlo 'abba', Padre. Dios para Jesús es un Padre que ama y expresa su amor al hombre en la historia. Perdona, reconcilia, restituye y rehace al caído, renueva lo perdido.

Jesús entiende su misión como una invitación a vivir la fraternidad

en el Padre. "Que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en tí" (Jn 17,21). Esta fraternidad es una crítica contra la visión excluyente de los fariseos, quienes consideran a Dios como propiedad privada de los justos. "Los justos están en las manos de Dios y no llegará a ellos tormento ninguno" (Sab. 3,1), en cambio, el castigo es para los impíos, para los pecadores. "Los impíos tendrán la pena que sus pensamientos merecen" (Sab 3,10). Jesús en cambio, participa y comulga con los pecadores porque come con ellos como signo de su fraternidad para con todos los expulsados del templo. Para Jesús, "no necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido (dice), a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores" (Lc 5,29.31).

Por otra parte, la actitud de Jesús ante las expectativas mesiánicas del pueblo de Israel, sugieren la superación de una simple escatología vivida como escatologismo, es decir, como poder político del hombre para acelerar la irrupción definitiva de Dios en la Historia, con una actitud expectante de un hombre que pone toda su confianza en Dios como Señor de la Historia. "El hará justicia a los humildes del pueblo, salvará a los hijos de los pobres, y aplastará al opresor. En sus días florecerá la justicia y dilatada paz hasta que no haya luna" (Sal 72, 4.7).

(3) Gén. Jer. 1,6 en LEIPOLDT. El mundo del NT, Cristiandad. Madrid. 1983. p. 283.

Jesús, fuera de superar el mesianismo político de Israel, propone una nueva forma de poder civil. La sociedad misma debe estar iluminada por el sentido de la fraternidad. Esta propuesta va claramente en contra de los cánones sociales del Imperio romano que establecía al César como dios, creando así la divinización del poder en un hombre, con el subyacente uso de la autoridad para oprimir. El poder de los jefes no debería ser para oprimir a sus súbditos sino para su servicio:

“Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que al que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,41-45).

Poder civil y poder de Dios son confrontados, ambos deben mirar el servicio al hombre. El poder de Dios “Basileia Theou” es el reinado de Dios que se anuncia como buena noticia a los pobres. Jesús se siente guiado por el Espíritu para cumplir esta misión “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque

me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-20). Los invitados a este reino de Dios, no son los grandes ni los poderosos, ni los intelectuales, ni los genios; son los “pobres, los lisiados, los ciegos, los cojos” (Lc 14,15-24). La actitud con la cual se percibe la llegada de este reino de Dios es la actitud ante todos los desposeídos, ante los marginados, los sencillos, los pobres, todos ellos recibirán la bendición y “la herencia del reino preparado” por el Padre de Jesús (Mt 25, 34).

La realidad del reino de Dios en Jesús es “uno de los datos históricos más seguros de la vida de Jesús”(5). El habló de Dios en y a través de su mensaje sobre el reino cuyo contenido está presente sobre todo en las parábolas, las cuales nos invitan a una “metanoia” como praxis del mismo reino. La praxis de Jesús da contenido a su mensaje sobre el reino de Dios. Los milagros, su trato con publicanos y pecadores, su oferta de salvación en la comunidad de mesa con los suyos, en una postura crítica ante la Ley, el sábado y el templo, y finalmente, en su convivencia con un reducido grupo de discípulos nos transmiten la preocupación de fondo de Dios en Jesús, el amor

(5) SCHILLEBEECKXS, Jesús, historia de un viviente. Sígueme. Madrid 1981 p. 242.

(6) SCHILLEBEECKXS, op. cit. p. 270.

de Dios por la humanidad. Toda la vida de Jesús fue "celebración" y "ortopraxis" de la soberanía de Dios, es decir, de una praxis acorde con el reino. La unión estrecha entre la soberanía de Dios y la ortopraxis es tan estrecha que Jesús reconoce en esa praxis los signos de la llegada del reino de Dios. El Dios vivo es el centro de esta vida.

Desde su comprensión del reino, Jesús se opone a todo lo que es malo y doloroso para el hombre. Su experiencia de la paternidad divina es una vivencia de Dios como potencia que libera y ama al hombre. El 'abba', el Dios de Jesús", el creador del cielo y la tierra, el guía de Israel, es un Dios para el que "todo es posible". Jesús durante toda su vida terrena, invitó de palabra y de obra a creer en ese Dios, éste era el sentido de toda su actividad.

Preguntémonos ahora, qué tiene que ver el reino de Dios predicado por Jesús con su muerte? El rechazo al reino, es también rechazo a Jesús, a su mensaje. "Al parecer, Jesús gozó de popularidad mientras no se vislumbraba ningún peligro; pero su predicación del cambio total como manifestación del inminente reino de Dios tuvo finalmente poco éxito"(7).

Mientras la primera etapa de la actividad pública de Jesús recorrió el país anunciando la llegada del reino de Dios, ahora, llega el

momento en que todo parece indicar lo contrario. El Evangelio de S. Marcos (6,52; 8,17-18.21) nos permite percibir un cambio de Jesús, todo mira hacia Jerusalén. Según el relato evangélico, parece hacer "un viaje hacia la pasión", encaminarse hacia la muerte. "Sin duda, esta presentación (de Jesús en los relatos evangélicos) está condicionada por el desenlace histórico de los acontecimientos, pero quizá también por el recuerdo histórico del fracaso, ya conocido, de la predicación de Jesús en Galilea"(8).

"Todos los evangelios constatan que esa primera etapa tiene un fin, es decir, la fe de Jesús como lo más fundamental de su existencia entra en una nueva etapa que no vive de la inercia de la primera aunque no se le oponga necesariamente. Ese fin es lo que se ha descrito como la "crisis galilea", expresión geográfica de la crisis pues Jesús abandona el corazón de Galilea y se dirige primero a Cesárea de Filipo y después a la Decápolis en la frontera sirio-fenicia. Este rompimiento es más profundo en la persona de Jesús. Jesús se hace consciente de que ha fracasado en su misión tal como él la había entendido. Las masas le abandonan, los jefes religiosos de su pueblo le rechazan y Dios no se acerca en poder a renovar la realidad. Existe un rompimiento real en la conciencia interna y en la actividad externa de Jesús. Este rom-

(7) Idem, p. 272.

(8) SOBRINO, Jon. Cristología desde América Latina. Ediciones CRT. México 1976 p. 80.

pimiento aparece expresado en el capítulo 8 de Marcos" (9).

El rechazo al mensaje de Jesús culminó con el rechazo a su persona que desencadenó su proceso de muerte en la cruz. En esta nueva "etapa" de la vida terrena de Jesús, su polo referencial sigue siendo el Padre, pero, espera en él contra toda esperanza. La muerte de Jesús sería así, la muerte de su causa. La venida del reino que Jesús veía tan próxima, ya no aparece tan evidente. Los hombres han rechazado el idela del reino de Dios anunciado en hechos y palabras por Jesús. El poder de los signos del reino (*semeion kai térata*) sólo será poder del amor en el sufrimiento. La cruz aparece así en el horizonte de Jesús como un fracaso, sólo Dios comprende su sentido. Surge en este espacio de oscuridad la pregunta por el sentido de Dios y del hombre. Quién es entonces el Dios predicado por Jesús, que luego de haber anunciado su cercanía como 'abba', Padre, le deja ahí abandonado? Los primeros cristianos nos recuerdan en el evangelio de S. Marcos, esta experiencia de abandono de Dios a Jesús en la cruz "Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,33).

A Jesús se le experimenta ahora como pasivo, se ha dejado afectar por lo negativo, por la injusticia,

por la muerte, por el pecado que aparece con poder para matar a Jesús.

El sentido salvífico de la muerte de Jesús aparece en la experiencia de resurrección. "No hay ningún *logión* cierto de Jesús en que él atribuya a su muerte un significado salvífico. Ni las predicciones veladas (Mt 12,39 y paralelos), ni las expresas (Mc 8,31 y paralelos) de la pasión contienen alusión alguna a su muerte como salvación o sacrificio expiatorio" (10).

Ante este hecho, es pues necesario una mediación hermenéutica para interpretar lo que tiene de escandaloso, la muerte en la cruz, en el espacio hermenéutico de su significación profunda.

Desde este momento, la cruz, que fue un suplicio de castigo del pueblo persa, asumido luego por los romanos (11), deja de ser un simple suplicio de maleantes y bandidos, para convertirse en horizonte de sentido de todos aquellos que quieren seguir el camino emprendido por Jesús hacia Dios.

"La cruz ni se ama ni se puede amar. Y, sin embargo, sólo el Crucificado es el que realiza aquella libertad que cambia al mundo, porque ya no teme la muerte. El crucificado fue para su tiempo escándalo y necesidad.

(9) SCHILLEBEECKXS, op. cit. p. 284.

(10) LEIPOLDT, op. cit.

(11) MOLTMANN, J. El Dios crucificado. Ediciones Sígueme. Salamanca 1977. p. 9.

También hoy resulta desfasado ponerlo en el centro de la fe cristiana y de la teología. Con todo, únicamente el recuerdo anticuado de él es el que libera a los hombres del poder de los hechos presentes y de las leyes y coacciones de la historia, abriéndoles para un futuro que no vuelve a oscurecerse. Hoy lo que interesa es que la iglesia y la teología vuelvan a concentrarse en el Cristo crucificado, para demostrar al mundo su libertad, si es que quieren ser lo que dicen de sí mismos, es decir, la iglesia de Cristo y teología cristiana” (12).

2. La cruz como sentido histórico del seguimiento de Jesús

“Ahora me alegro de lo que sufro por ustedes, porque de esta manera voy completando, en mi propio cuerpo, lo que falta de los sufrimientos de Cristo, por la Iglesia que es su Cuerpo” (13).

Jesús continúa en la historia de los creyentes convocados desde el madero de la cruz. La fuerza del crucificado anima a muchos condenados injustamente como Jesús, a recorrer el camino de la muerte propiciada por el empobrecimiento, la injusticia de las estructuras polí-

tico-sociales, el egoísmo acaparador que destruye todo intento de fraternidad. La cruz sigue siendo así una realidad de muerte donde debería erigirse la vida en la “situación de extrema pobreza generalizada que adquiere en la vida real de AL rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela” (14), en su penoso ascenso hacia el Gólgota de nuestra América crucificada.

La cruz es hoy para nuestra fe, el vértice donde se define la realidad de nuestro seguimiento al Señor puesto en cruz.

Ante la cruz encontramos una fuerza de “escándalo y necedad” (1 Cor 2,23) que nos dificulta acercarnos a ella para entenderla plenamente. Porque, “el que habla de la cruz, sabe que está hablando de una realidad ‘extraña’, paradójica, de algo que el hombre rechaza con todas sus fuerzas” (15) porque en ella la vida se está riñendo con la muerte.

Jesús mismo durante su vida experimentó la dificultad de referirse a su muerte en la cruz en el proceso de madurez de su fe, cuando habla con sus discípulos

(12) Colosenses 1,24.

(13) Documento de Puebla, n. 31.

(14) GRASO DOMENICO. Reflexión sobre la cruz en el mundo secularizado, en Teología de la Cruz. Sígueme Salamanca 1979, 79.

(15) Traducción de Alonso Sachökel.

que tenía que subir a Jerusalén, en donde el Hijo del hombre “tenía que sufrir mucho, verse rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes, ser matado y resucitar al tercer día” (Mc 8, 31-32). Pedro, a quien le costaba entender a Jesús desde la pasión, toma a parte al Maestro para “reprenderle” a lo que le responde el mismo Jesús: “Quítate de mi vista Satanás! Eres un peligro para mí, porque tu idea no es la de Dios, sino la humana” (Mt 16,23) (16).

Las mismas tentaciones de Jesús en el desierto y la oración en el huerto (Mt 4,1-11 y *passim*; Mt 26, 36-46 y *passim*) le presentan desde su sensibilidad por el reino de Dios en un discernimiento histórico que tiene como horizonte la entrega total de su vida por la causa del Padre. Su opción le trae como consecuencia el enrutarse en el camino de la cruz, él mismo entrega en el amor del amigo que da la vida (Jn 15,13). Este esfuerzo perseverante de Jesús en su fe, desde la conciencia de su misión como poder para entregarse en medio de la opacidad de sus luchas históricas por vivir en la praxis del reino, no se da sin dificultad. Los evangelios nos presentan la conflictualidad que va experimentando en su vida y que desemboca en la oposición al poder religioso y civil que le condena a muerte violenta en el madero.

Jesús desde la mirada comparativa de las fuentes Q, Marcos, Mateo, Lucas y Juan (17) se percibe en la misma dificultad de quienes compartieron su vida o el testimonio de sus últimos momentos. Como hecho histórico podemos concluir que todos los discípulos abandonaron de alguna manera a Jesús. No estuvieron presentes en su pasión como correspondería a los verdaderos discípulos. El Maestro recorrió el camino de la pasión totalmente solo y abandonado por todos. Sin embargo, la misma defección de los discípulos es la base para la conversión que consiste en seguir de nuevo a Jesús a pesar de haberle abandonado a su suerte. En su caída, saben tras su muerte que están en las manos misericordiosas de Dios. Así lo han comprendido por las mismas palabras y hechos de Jesús; esta experiencia posibilitará su reencuentro con la muerte resucitada del nazareno.

La muerte de Jesús en la cruz escandalizó a los discípulos de tal forma que muchos se desencantaron de su causa, a pesar de haber compartido íntimamente la palabra y vida del Maestro. El pasaje de Emaús (Lc 24, 13-33) nos refiere este hecho cuando señala la interpretación que del desconocimiento de la cruz hacen dos discípulos que huyeron hacia Emaús luego del temor desencadenado por este hecho escandaloso. El nazareno

(16) SCHILLEBEECKXS, Evangelio de Jesucristo, secc. terc.: “La historia cristiana tras la muerte de Jesús en: Jesús historia de un viviente. Sígueme, Madrid, 1981, 291-367.

(17) E. SCHILLEBEECKXS, *op. cit.* p. 361.

-dicen "resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo, lo entregaron a los sumos sacerdotes y a nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron, cuando nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel" (Lc 24,19-21).

Tras la dispersión de los discípulos causada por el asesinato de su Maestro, se está dando una primera comprensión del crucificado como fracasado. Sin embargo, este fracaso es releído por quienes desde la vida de Jesús trataron de acercarse a su muerte. El mismo grupo de los doce presidido por Pedro, inician la presentación de su experiencia con el crucificado a quien perciban vivo entre ellos. El mismo crucificado está con ellos. Este encuentro con el crucificado da origen a la tradición apostólica oficial "creemos que Dios lo ha resucitado" (Tes 1, 10). La reagrupación de los discípulos expresada en los relatos de apariciones en donde pasan de la dispersión a la reunión fue entendido e interpretado como pura gracia de Dios (18). Jesús se convierte en el crucificado viviente que les otorga el perdón de Dios, allí experimentan que el Jesús vive, pues un muerto no puede perdonar. Esta es la matriz en donde nace la fe en Jesús resucitado, pero que parte del crucificado que les convoca a una existencia nueva.

Referirse al crucificado resucitado implica una experiencia personal que se interpreta (hermeneuín), se relea desde la iniciativa del propio Jesús. En otras palabras, la cruz nos dá qué pensar, nos dá un qué hacer, nos sugiere un horizonte de sentido al que tenemos que regresar continuamente para redescubrir lo que aún no hemos comprendido plenamente. Muchas veces caemos en el olvido mismo de la cruz porque para comprenderla mejor hemos limado sus aristas, hemos dulcificado su escándalo, hemos aligerado su peso. Nos alejamos de ella como una carga, como una condición humana que tenemos que sobrellevar. Porque "Si alguno quiere ser discípulo mio, olvidese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame" (Mt 16, 24).

3. La cruz como teología de la cruz en AL

"La teología latinoamericana hoy redescubre y explicita su función de ser 'reflexión crítica de la praxis histórica a la luz de la Palabra' como dimensión que le es propia. Esa dimensión no reemplaza las obras que la Teología ha desarrollado a través de su historia, a saber, las de ser sabiduría y ciencia, sino que las necesita, supone y reinterpreta" (19).

(18) GUTIERREZ, Teología de la liberación. Perspectivas, Salamanca 1972, 38.

(19) BOFF, LEONARDO. Cómo predicar la cruz hoy en una sociedad de crucificados en, Teología desde el lugar del pobre. Sal. Terrae, Santander 1986, 123.

La teología latinoamericana tiene su punto de partida en la experiencia de fe de las comunidades cristianas que se reúnen a vivir y a celebrar el misterio de la muerte resucitada de Jesús. El teólogo latinoamericano presta su servicio de "reflexión crítica a la luz de la Palabra", no sintiéndose el único que puede reflexionar críticamente, más bien, tematiza la experiencia vital de la comunidad que puede manifestarse en el culto, en el símbolo, en las expresiones religiosas y culturales, en la lucha por la construcción del pueblo nuevo de Dios en Jesús.

La cruz no está lejos de la experiencia del pueblo creyente, más aún, éste la experimenta desde su crucifixión cuando habla de "muerte y de crimen que debe ser denunciado y condenado".

"Hay millones de crucificados (en AL), y cada uno pende prácticamente de una cruz. Esta cruz es injusta y aborrecida por Dios. Existe una cruz dolorosa y persistente que pesa sobre las culturas dominadas de los negros y los indígenas latinoamericanos. Esta cruz injustamente impuesta ha ocasionado una hecatombe demográfica" (20).

La cruz impuesta injustamente como signo de muerte, de fracaso humano a las pretensiones de fraternidad, son negación histórica del amor de Dios. Esta cruz y esta muerte impuestas constituyen un

crimen ante el cual "se pedirán cuentas por la sangre de los profetas derramada desde la creación del mundo" (Lc 11,50).

Pero el creyente latinoamericano ha encontrado la sabiduría de la cruz como horizonte cristiano en donde lo que parece debilidad "es más fuerte que toda fuerza humana" (1 Cor 1,24), porque "de las debilidades, de los insultos, las necesidades, las persecuciones y las dificultades que sufro por Cristo, porque cuando más débil me siento es cuando más fuerte soy" (2 Cor 12,10).

La fuerza del pueblo es el crucificado, tal es la experiencia de acompañamiento que celebramos los cristianos al lado de la gente sencilla que siempre rodea a Jesús. No se trata de un dolorismo, de una mística del sufrimiento que asume la muerte como un destino inscrito en la historia que hay que aceptar como vengá. La sabiduría humilde de la cruz encuentra en ella la plenitud de la revelación de Dios que supera profundamente cualquier postura fatalista ante el crucificado. Los pobres y humildes de AL saben que la cruz les pertenece porque en ella encuentran un camino hacia la vida plena, una fuente inagotable de esperanza. Tienen la certeza que en la cruz se ha dado "el cumplimiento de la revelación cristiana..., porque en ella quedan definitivamente reconciliadas la dimensión trascendental y la dimensión histórica del

(20) RAHNER, K. Muerte de Jesús en la revelación cristiana, en Teología de la cruz. Sígueme, Salamanca 1979, 108.

hombre; la absoluta apelación del hombre al misterio de Dios que se da a sí mismo, se convierte en acontecimiento histórico, y precisamente en la muerte en cuanto tal, sin la que no sería esto posible" (21). La cruz transparente así la vida con todas sus sombras y dimensiones como vida ontológicamente mortal, cruz existencial, estigma de pecado, pero también como crimen que clama justicia.

La sabiduría de la cruz entendida al lado del pueblo, ha comprendido la cruz de Jesús como un sacrificio en favor de quienes condenan a cruz impidiendo que su absurdo humano tenga en ella la última palabra. "Es posible aceptar la cruz y la muerte como expresión de amor y comunión con los que producen dicha injusticia" (22). Aquí está revelada en pleno la fuerza y el espíritu predicado por el crucificado. El amor al enemigo, el perdón a quien nos ha ofendido, el poner la otra mejilla para que también sea golpeada, el dar la túnica a quien quita el manto, etc. "No es fácil que alguien se deje matar en lugar de una persona justa; aunque alguien estaría dispuesto a morir por una persona verdaderamente buena. Pero Dios prueba que nos ama, en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5, 7-8). La respuesta ante el tortura-

dor es el amor; es no impedir que sea amado aunque tengamos que sufrir mayores sacrificios. Este hecho sólo es posible mediante la libertad que es capaz de "asumir" la cruz cambiándole su sentido. "Mediante la libertad se opera una reconversión del sentido: mediante la asunción de la cruz se retorna al criminal en actitud de perdón y de reconciliación. De este modo se abre un camino que va más allá de la injusticia. La redención y la liberación total deben ser vistas en este horizonte" (23).

Los pobres de América Latina han asumido el destino señalado por la cruz transformando su sentido, y allí donde cundió el escándalo y el fracaso de un hecho injusto han creado el espacio abierto por Jesús de la esperanza aún contra toda esperanza, del futuro distinto añorado en la lucha por estructuras más humanas, ante el acoso, la fuerza y el poder de lo inhumano.

Ha sido la devoción del pueblo humilde ante el crucificado, su celebración del viernes santo la que interpela de nuevo a los teólogos para que se regrese de nuevo a la cruz, para superar su olvido teológico en la misma teología, en la liturgia, en la ética, la política, en las instrucciones eclesiales. Porque como afirma Moltmann,

(21) BOFF, op. cit. p. 131.

(22) Idem. p. 132.

(23) LUTERO, Obras. Edición preparada por EGIDO, J. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1979 pp. 75-85.

la cruz condena las interpretaciones parciales.

Por ello siguiendo al mismo Moltmann es preciso dar prioridad al elemento histórico, porque es en la historia donde el Hijo de Dios ha muerto y sigue muriendo, y de este dolor del Padre en el Hijo, brota el Espíritu capaz de dar vida, porque la vida pertenece a Dios. No es pues, caer en una elefantitis de la cruz sino desentrañar la fuerza que mata y a la vez da vida como gracia y paz nacida en la reconciliación ganada en la cruz.

La clave de lectura histórica nos sitúa lejos de una "mística de sufrimiento como humilde sometimiento" al destino impuesto en la cruz, línea propuesta por Lutero especialmente en su Controversia de Heidelberg (1518), que según el mismo Moltmann, nada tienen que ver con el protestantismo.

La hermenéutica histórica de la cruz debe ser entendida por la teología latinoamericana en sentido político, es decir como camino y búsqueda de liberación. En la liberación la cruz no deja de ser misterio que orienta y anima las opciones libres en el seguimiento a Jesús "incluso hasta la muerte y muerte de cruz". Recordemos lo que nos dice al respecto Clodovis Boff (24).

"La intervención del pensar teológico en la acción política de la comunidad cristiana tiene desde luego su importancia. No se trata de que la teología tenga la función de resolver el misterio de la cruz. Al contrario, interviene para preservarlo en toda su integridad. Por eso, el Logos humano se comporta ante la cruz algo así como el pastor del misterio o como guardián de su trascendencia. Su función no consiste en resolver el misterio, como sí éste equivaliese a un problema, sino todo lo contrario; consiste en mantener el misterio en todo su vigor y vitalidad"

La vitalidad del misterio de la cruz en América Latina, tiene que rediseñar los símbolos en los cuales la misma cruz ha sido pensada a partir de la espiritualidad de la cruz vivida por el pueblo latinoamericano, en donde están presentes la riqueza y la tradición viva de la espiritualidad de la Iglesia. En este punto seguimos a Ch. Duquoc (25), quien habla desde el espacio común de la reflexión en los teólogos latinoamericanos de una hermenéutica histórica para entender el hecho de la cruz. Nos propone Duquoc, la vuelta a "la historicidad de la cruz de Cristo" como superación del "eclipse de las teologías de la cruz". El símbolo de las teologías de la cruz hasta el momento ha sido

(24) BOFF, CLODOVIS. Teología de lo Político. Sígueme. Salamanca. 1980, p. 372.

(25) DUQUOC, CHRISTIAN, Actualidad teológica de la cruz. Edic. Sígueme. Salamanca. 1979, 21-29.

jurídico. Lo simbolizado es una transacción jurídica en donde existe la obligación de saldar la deuda por medio de una "negociación entre Jesús y Dios en relación con nosotros". "En lugar de nosotros, Jesús paga en justicia la deuda contraída ante Dios y que, por hipótesis, nosotros éramos incapaces de saldar" (26). La cruz es entendida como reparación, como expiación, por medio de una abstracción casi geométrica de la relación del hombre pecador con Dios, que universaliza y generaliza lo particular de este hecho histórico absolviendo a los verdaderos culpables de este crimen, limando por supuesto, sus mecanismos político y religiosos. "La cruz no es una necesidad impuesta desde fuera por una divinidad ávida de compensación por el honor ofendido, sino el resultado del combate de Jesús contra los opresores" (27). Jesús toma partido por los excluidos de la sinagoga, a quien se les opacaba también toda esperanza humana o religiosa; choca de frente con aquellos cuya prosperidad económica o superioridad religiosa se apoya preci-

samente en la desesperación o en la explotación de los demás.

La propuesta de Duquoc es pues la recuperación de la historicidad de la cruz mediante el paso de una teología simbólica a una teología histórico política de la cruz, que ya insinuábamos también con Leonardo Boff, Clodovis Boff, Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino en el transcurso de nuestra reflexión.

En este discurso teológico deben tenerse en cuenta las mediaciones de las ciencias sociales y hermenéuticas en los diferentes niveles teológicos ya estudiados por estos mismos autores tanto europeos como latinoamericanos y que no es el objetivo directo de nuestra reflexión en este momento, en donde la praxis de fe en las comunidades cristianas y la reflexión crítica a la luz de la Palabra van entretejiendo una manera de pensar, y de vivir la cruz, como historicidad del hombre redimido llamado a vivir desde la misma cruz el proyecto de Dios para la vida.

(26) Op. cit. p. 22.

(27) Op. cit. p. 26.